

CAPÍTULO XXIV

Vuelven á comenzar las operaciones militares. — Rendición de Condé, Valenciennes, Landrecies y Quesnoy. — Desaliento de los coligados. — Batallas del Ourthe y del Roer. — Paso del Mosa. — Ocupación de toda la línea del Rhin. — Situación de los ejércitos en los Alpes y en los Pirineos. — Triunfo de los franceses en todos los puntos. — Estado de la Vendée y de Bretaña. — Guerra de los chuanes. — Puisaye, agente general de los realistas en Bretaña. — Relaciones del partido realista con los príncipes franceses y el extranjero. — Intrigas en el interior. — Importancia de los príncipes emigrados.

La actividad de las operaciones militares había disminuído un poco hacia mediados de la estación. Nuestros dos grandes ejércitos del Norte y del Sambre y Mosa, que habían penetrado en Bruselas en termidor (julio), encaminándose después el uno hacia Amberes y el otro sobre el Mosa, habían permanecido largo tiempo en reposo, esperando que se recobraran las plazas de Landrecies, Quesnoy, Valenciennes y Condé, perdidas en la anterior campaña. En el Rhin, el general Michaud se ocupaba en reorganizar su ejército, para reparar el descalabro de Kaiserslautern, esperando un refuerzo de quince mil hombres procedentes de la Vendée. Los ejércitos de los Alpes y de Italia, dueños ya de la gran cadena, acampaban en las alturas de los Alpes, aguardando la aprobación de un plan propuesto, según decían, por el joven oficial que decidió la toma de Tolón y las líneas de Saorgio. En los Pirineos orientales, Dugommier, después de sus últimas victorias en Boulou, se había detenido largo tiempo para tomar á Colliure y bloqueaba entonces á Bellaguardia. El ejército de los Pirineos occidentales se estaba organizando aún: esta larga inacción en medio de la campaña, que se debe imputar á los grandes acontecimientos del interior y á las malas combinaciones, habría podido perjudicar nuestro éxito si el enemigo hubiese sabido aprovechar el tiempo; pero reinaba tan mala inteligencia entre los coligados, que nuestra falta no les benefició, retardando sólo un poco la marcha extraordinaria de nuestras victorias.

Nada podía estar peor calculado que nuestra inacción en Bélgica, en los alrededores de Amberes y en las orillas del Mosa. El mejor medio de asegurar la toma de las cuatro plazas perdidas hubiera sido alejar siempre más á los grandes ejércitos que podían socorrerlas; y aprovechando el desorden que introdujeron en los coligados la victoria de Fleurus y la retirada que siguió, hubiera sido fácil llegar muy pronto hasta el Rhin. Desgraciadamente, ignorábase aún el gran arte de aprovechar la victoria; arte el más raro de todos, porque supone que no es únicamente el fruto de un ataque feliz, sino el resultado de vastas combinaciones. Para acelerar la rendición de las cuatro plazas, la Convención había expedido un decreto formidable, á la manera de todos los que se sucedieron desde pradiar á termidor. Fundándose en la razón de que los coligados ocupaban cuatro plazas francesas, y que todo está permitido para

alejar de su casa á un enemigo, decretó que si á las veinticuatro horas de la intimación no se rendían las guarniciones enemigas, serían pasadas á cuchillo. Sólo la guarnición de Landrecies se rindió; el comandante de Condé dió esta magnífica respuesta: *Una nación no tiene derecho para decretar la deshonra de otra.* El Quesnoy y Valenciennes continuaron defendiéndose; y el comité, comprendiendo la injusticia de semejante decreto, valiéndose de una sutileza para evitar la ejecución y á la Convención la necesidad de anularle. Supuso que no habiéndose notificado el decreto á los comandantes de las tres plazas, éstos le ignoraban; y antes de comunicársele, mandó al general Scherer que activara los trabajos á fin de que la intimación fuera imponente y legitimase una capitulación por parte de las guarniciones enemigas. En efecto, Valenciennes se rindió el 12 fructidor (29 agosto); Condé y Quesnoy en los días siguientes. Estas plazas, que habían costado tanto á los coligados durante la campaña anterior, nos fueron restituidas sin grandes esfuerzos, y el enemigo no conservó ya ningún punto de nuestro territorio en los Países Bajos. Éramos dueños, por el contrario, de toda la Bélgica, hasta el Mosa y Amberes.

Moreau acababa de conquistar las Esclusas, incorporándose á la línea, y Scherer había enviado la brigada Orten á Pichegrú, uniéndose á Jourdan con su división. Gracias á esta reunión, el ejército del Norte, al mando de Pichegrú, ascendía á más de sesenta mil hombres sobre las armas, y el del Mosa, al de Jourdan, á ciento diez y seis mil. Agotada la hacienda por los esfuerzos que había hecho para equipar los ejércitos, apenas podía suministrarles lo que necesitaban, y al efecto se hacían requisas cuerdamente y con las más honrosas virtudes militares. Los soldados solían pasarse hasta sin lo necesario, no acampando ya en tiendas, sino bajo las ramas de los árboles. Los oficiales sin sueldo, ó pagados con asignados, vivían como el soldado, comían el mismo pan y marchaban á pie como él con la mochila al hombro. El entusiasmo republicano y la victoria sostenían estos ejércitos, los más juiciosos y valientes que ha habido jamás en Francia.

Los coligados se hallaban en el mayor desorden. Los holandeses, mal sostenidos por sus aliados los ingleses, y dudando de su buena fe, se hallaban consternados, formando un cordón delante de sus plazas fuertes para tener tiempo de ponerlas en estado de defensa, lo cual

hubiera debido efectuarse mucho tiempo hacía. El duque de York, tan ignorante como orgulloso, no sabía el medio de servirse de sus ingleses, ni se decidía á cosa alguna, retirándose hacia el bajo Mosa y el Rhin, y extendiendo sus alas, ya hacia los holandeses, ya hacia los imperiales. Sin embargo, reunido con los holandeses, hubiera podido disponer aún de cincuenta mil hombres é intentar contra los flancos de uno de los dos ejércitos, el del Norte ó el del Mosa, uno de aquellos audaces movimientos que el general Clerfayt en el siguiente año y el archiduque Carlos en 1796 supieron ejecutar con oportunidad y gloria, y de que más adelante dió un gran capitán memorable ejemplo. Atrincherados los austriacos á lo largo del Mosa desde la embocadura del Roer hasta la del Ourthe, se hallaban desalentados por sus pérdidas y faltos de las precisas provisiones. El príncipe de Coburgo, totalmente desacreditado por su última campaña, cedió el mando á Clerfayt, el más digno de ocuparlo entre todos los generales austriacos. No era tarde aún para acercarse al duque de York y obrar en masa contra uno de los dos ejércitos franceses, pero sólo se pensaba en guardar el Mosa. El gabinete de Londres, alarmado por la marcha de los sucesos, envió muchos comisionados para excitar el celo de la Prusia, para reclamar por su parte la ejecución del tratado de la Haya y para obligar al Austria con promesas de auxilio á defender vigorosamente la línea que ocupaban aún sus tropas. En Maestricht se verificó una reunión de ministros y generales ingleses, holandeses y austriacos, y se acordó defender las orillas del Mosa.

Por fin se habían vuelto á poner en movimiento los ejércitos franceses en los primeros días de septiembre, adelantándose Pichegrú desde Amberes á la embocadura de los ríos, y fué precisamente cuando los holandeses cometieron el error de separarse de los ingleses. Colocáronse en número de veinte mil hombres entre Berg-ob-Zoom, Breda y Gertruydenberg, dando la espalda al mar, en una posición que no les permitía cubrir las plazas que intentaban. El duque de York se retiró con sus ingleses y hannoverianos hasta Bois-le-Duc, uniéndose con los holandeses por medio de una cadena de puestos que el ejército francés podía tomar en cuanto se presentara. Pichegrú picó la retaguardia al duque de York en Bostel á orillas del Dommel, envolvió á dos batallones y les hizo prisioneros. Al siguiente día encontró en las orillas del Aa al general Abercrombie; le hizo también prisioneros, llegando á orillas del Mosa el día de la segunda descamisada (18 de septiembre).

Entretanto se adelantaba Jourdan por su lado preparándose á pasar el Mosa, río que tiene dos confluente principales: el Ourthe hacia Lieja, y el Roer hacia Ruremonde. Estos dos confluente forman dos líneas que separan el país entre el Mosa y el Rhin, y que deben sucesivamente ganarse para llegar á este último río. Dueños los franceses de Lieja, habían pasado el Mosa y venido á colocarse de frente del Ourthe, costeando el primero desde Lieja á Maestricht y el segundo desde el mismo punto á Comblaine-au-Pont, y formando un ángulo cuyo vértice era Lieja. Clerfayt había colocado su izquierda detrás del Ourthe en las alturas de Sprimont, que están á un lado guarnecidas por el Ourthe y al otro por el Ayvaille, penetrando éste en el Ourthe. El general Latour mandaba en este punto á los austria-

cos. Jourdan ordenó á Scherer que atacase la posición de Sprimont por la parte del Ayvaille, mientras el general Bonnet debía dirigirse allí atravesando el Ourthe. El día de la segunda descamisada (18 de septiembre) Scherer dividió su gente en tres columnas, mandadas por los generales Marceau, Mayer y Hacquin, y se dirigió hacia la orilla del Ayvaille, que corre por una profunda cañada entre dos escarpadas orillas. Dieron ejemplo los mismos generales entrando en el agua, y llevaron en pos á los soldados á la orilla opuesta, á pesar del fuego de una formidable artillería. Latour había permanecido inmóvil en las alturas de Sprimont, preparándose á dar contra las columnas francesas así que hubiesen pasado el río. Pero apenas salvaron éstas la escarpada orilla, cuando se precipitaron sobre la posición sin dar tiempo á Latour para prevenirse. Le atacaron resueltamente, y mientras el general Hacquin le flanqueaba por la izquierda, el general Bonnet, pasando el Ourthe, seguía su retaguardia. Latour se vió entonces obligado á abandonar su posición y retirarse al ejército imperial.

Este combate, tan bien concebido como perfectamente ejecutado, era á un tiempo honroso para el general en jefe y para el ejército. Nos dió treinta y seis piezas de artillería, cien arcones y causó al enemigo mil quinientos hombres de pérdida entre muertos y heridos, obligando á Clerfayt á dejar la línea del Ourthe. Temía, efectivamente, este general, viendo batida su izquierda, que le cortasen la retirada á Colonia, y por lo tanto abandonó las orillas del Mosa y del Ourthe, replegándose á Aix-la-Chapelle.

No quedaba á los austriacos más que la línea del Roer, y ocuparon este río desde Dueren y Juliers hasta su embocadura en el Mosa, es decir, hasta Ruremonde. Habían cedido de este último río todo lo que se halla desde el Ourthe al Roer entre Lieja y Ruremonde, y no les quedaba más que el espacio de Ruremonde á Grave, por cuyo punto se unían con el duque de York.

Era el Roer la línea que necesitaba defenderse bien, para no perder la orilla izquierda del Rhin. Clerfayt concentró todas sus fuerzas en las márgenes del Roer entre Dueren, Juliers y Linnich. Hacía mucho tiempo que había mandado practicar considerables obras para asegurar su línea y colocado cuerpos avanzados más allá del Roer en la llanura de Aldenhoven, guarnecida de atrincheramientos; en seguida ocupaba la línea del Roer y sus escarpadas orillas, y se hallaba acampado detrás de esta línea con su ejército y numerosa artillería.

El día 10 vendimiario, año III (1.º de octubre de 1794), se halló Jourdan á la vista del enemigo con todas sus fuerzas. Mandó al general Scherer, comandante del ala derecha, que se dirigiese á Dueren, pasando el Roer por todos los puntos vadeables; al general Hatry que atravesase por Altorp hacia el centro de la posición; á las divisiones de Championnet y Morlot, apoyadas por la caballería, que se apoderasen de la llanura de Aldenhoven, colocada delante del Roer, despejarla, atravesar el río y cubrir á Juliers para impedir que los flanqueasen los austriacos; al general Lefebre apoderarse de Linnich y atravesar todos los vados que hubiese en los alrededores. Finalmente, á Kléber, que se hallaba en la embocadura misma del río, subirle hasta Ratem y pasarle por este punto mal defendido, para cubrir las operaciones por la parte de Ruremonde.

Al día siguiente, 11 vendimiario, se pusieron los franceses en movimiento en toda la línea.

Cien mil jóvenes republicanos marchaban á la vez con un orden y una precisión dignos de tropas veteranas, y no se les había visto aún en tan gran número en el mismo campo de batalla. Avanzaban hacia el Roer, objeto de sus esfuerzos, pero desgraciadamente se hallaban aún distantes de este punto, y no llegaron hasta eso de mediodía. Según el parecer de los militares, el general no había cometido más falta que la de tomar un punto de partida demasiado lejano del de ataque y la de no emplear un día en acercarse á la línea enemiga. El general Scherer, jefe del ala derecha, dirigió sus brigadas sobre los diferentes puntos del Roer, ordenando al general Hacquin que fuera á cruzarle por el vado de Winden, para flanquear la izquierda del enemigo. Eran las once cuando tomó estas disposiciones: Hacquin empleó mucho tiempo para recorrer el circuito que se le había trazado: Scherer esperaba á que llegase á dicho punto para lanzar sus divisiones sobre el Roer, y dejaba así á Clerfayt el tiempo necesario de preparar todos sus medios á lo largo de las alturas de la orilla opuesta. Eran ya las tres cuando Scherer, no queriendo esperar más, pone en movimiento sus divisiones: Marceau se precipita en el agua con sus tropas y pasa por el vado de Mirveiller; Lorges hace lo mismo, dirigiéndose sobre Dueren, y rechaza al enemigo después de un sangriento combate. Los austriacos abandonan á Dueren un momento; pero, retirados hacia atrás, vuelven muy pronto con fuerzas considerables; Marceau se precipita al punto sobre Dueren para sostener á la brigada de Lorges; y Mayer, que ha pasado el Roer por Niederau y que acaba de ser recibido por una mortífera artillería, se repliega también hacia Dueren. Allí es donde se concentran entonces todos los esfuerzos; el enemigo, que sólo había maniobrado hasta aquel momento con sus vanguardias, estaba situado en las alturas con sesenta cañones, los cuales rompen el fuego, cubriendo á los franceses con una lluvia de metralla y de balas. Nuestros jóvenes soldados resisten, sostenidos por sus generales; pero desgraciadamente, Hacquin no aparece todavía en el flanco izquierdo del enemigo, maniobra en la cual se cifraba el triunfo.

En el mismo instante se batían en el centro, en la meseta avanzada de Aldenhoven, á la que habían llegado los franceses á la bayoneta: su caballería, después de desplegarse, recibió y dió varias cargas; pero los austriacos, viendo el Roer libre más acá y más allá de Aldenhoven, habían abandonado esta meseta, retirándose á Juliers. Championnet, que los había seguido hasta los glacia, cañoneaba y era cañoneado por la artillería de la plaza. Lefevre había rechazado á los austriacos en Linnich, pasando después el Roer; pero como hallase el puente quemado, ocupábase en reconstruirle. En Ratein encontró Kléber baterías rasantes, á las que contestaba con un nutrido fuego de artillería.

La acción decisiva se daba, pues, á la derecha hacia Dueren, donde estaban agrupados Marceau, Lorges y Mayer, esperando todos el movimiento de Hacquin. Jourdan había ordenado á Hatry que se replegara sobre Dueren, á fin de efectuar el paso por Altorp; pero el trayecto era demasiado largo para que esta columna pudiese llegar á ser útil en el punto decisivo. Por fin,

á las cinco de la tarde aparece Hacquin sobre el flanco izquierdo de Latour, y entonces, viéndose los austriacos amenazados en su izquierda por aquel jefe, y por Lorges, Marceau y Mayer de frente, decídense á retirarse, replegando su ala izquierda, la misma que se había batido en Sprimont. En su extrema derecha los amenaza Kléber con un movimiento audaz; como era demasiado corto el puente que quiso echar, los soldados pidieron que se les dejara precipitarse en el río, y para conservar su ardimiento el general reúne toda su artillería y abraza al enemigo en la orilla opuesta. Los imperiales se ven obligados otra vez á retirarse sobre este punto, y bien pronto se alejan de todos los demás y abandonan el Roer, dejando ochocientos prisioneros y tres mil hombres fuera de combate.

Al día siguiente los franceses vieron que se había evacuado á Juliers y pudieron pasar el Roer por todos los puntos. Tal fué la importante batalla que nos valió la conquista definitiva de la orilla izquierda del Rhin. Es una de aquellas por las que más mereció el general Jourdan, el agradecimiento de su patria y el aprecio de los militares; pero los críticos le han censurado por no haber elegido un punto de partida más próximo al de ataque y no llevar el grueso de sus fuerzas á Mirveiller y Dueren.

Clerfayt tomó el camino real de Colonia; siguió Jourdan, y ocupó esta ciudad el 15 vendimiario (6 de octubre), apoderándose de Boon el 29 (20 de octubre); Kléber fué con Marescot á poner sitio á Maestricht.

Mientras que Jourdan llenaba tan valerosamente su misión, posesionándose de la importante línea del Rhin, Pichegrú, por su parte, se preparaba á flanquear el Mosa á fin de trasladarse después al Wahal, brazo principal del Rhin hacia su desembocadura. Según hemos referido antes, el duque de York había pasado el Mosa por Grave, abandonando á Bois-le-Duc á sus propias fuerzas. Antes de intentar el paso de aquel río, Pichegrú debía apoderarse de este punto, lo cual no era fácil en aquella estación y con la insuficiencia del material de sitio. Sin embargo, la audacia de los franceses y el desaliento del enemigo lo hacían todo posible: el fuerte de Crevecoeur, cerca del Mosa, amenazado por una batería, dirigida á propósito sobre un punto en que el enemigo no creía posible establecerse, acababa de rendirse, y el material que allí se encontró sirvió para activar el sitio de Bois-le-Duc. Cinco ataques consecutivos atemorizaron al gobernador, que rindió la plaza el 17 vendimiario (10 octubre). Este inesperado triunfo proporcionó á los franceses una base sólida y considerables municiones para continuar sus operaciones más allá del Mosa hasta la orilla del Wahal.

Después de las victorias del Ourthe y del Roer, Moreau, que formaba la derecha, había avanzado hasta Venloo. El duque de York, atemorizado por este movimiento, había retirado todas sus tropas más allá del Wahal, abandonando todo el espacio comprendido entre este río y el Mosa; pero viendo que Grave iba á quedar sin comunicaciones y sin apoyo, repasó el Wahal con la intención de defender el espacio que hay entre las dos corrientes. El suelo, como sucede siempre hacia la embocadura de los grandes ríos, era inferior al lecho de las aguas, presentando vastas praderas, cortadas por canales y calzadas y sumergidas en ciertos puntos. El

general Hammerstein, situado entre el Mosa y el Wahal, había aumentado la dificultad de aquellos parajes cortando los caminos, cubriendo los diques con artillería y echando sobre los canales puentes que su ejército debía destruir al retirarse. El duque de York, cuya vanguardia mandaba él, estaba situado más atrás, sobre las orillas del Wahal y en el campamento de Nimega.

En los días 27 y 28 vendimiario (18 y 19 octubre) Pichegrú mandó á dos de sus divisiones franquear el Mosa por un puente de barcas. Los ingleses, que estaban bajo los cañones de Nimega, y la vanguardia de Hammerstein situada á lo largo de los canales y de los diques, hallábase demasiado lejos para impedir el paso, y el resto del ejército desembarcó en la otra orilla protegido por aquellas dos divisiones. El 28 resolvió Pichegrú atacar todas las obras que cubrían el espacio intermediario del Mosa al Wahal, y al efecto hizo avanzar por aquellas praderas, inundadas y cortadas por canales, cuatro columnas cuya fuerza era superior á la del enemigo. Los franceses arrojaron el fuego de la artillería con raro valor, y lanzáronse después en los fosos, con agua hasta los hombros, mientras que los tiradores hacían fuego desde las orillas. Atemorizado el enemigo, retiróse sin pensar más que en salvar su artillería, y fué á refugiarse en el campamento de Nimega, á orillas del Wahal, donde los franceses llegaron muy pronto á insultarle diariamente.

De este modo, lo mismo hacia Holanda que hacia el Luxemburgo, los franceses habían llegado por último á aquella formidable línea del Rhin que la Naturaleza parece haber puesto por límite á su hermosa patria y que han anhelado tenerla siempre por frontera. Es verdad que Pichegrú, detenido por Nimega, no era dueño aún de la corriente del Wahal, y si pensaba en conquistar la Holanda, se hallaba enfrente con multitud de corrientes, plazas fuertes, inundaciones y con una estación muy cruda; pero se acercaba el límite deseado, y con alguna audacia podía entrar en Nimega ó en la isla de Bommel y establecerse sólidamente sobre el Wahal. Moreau, llamado el general de los sitios, acababa de entrar en Venloo por un movimiento atrevido, y Jourdan se hallaba ventajosamente situado sobre el Rhin. A lo largo del Mosela y de la Alsacia los ejércitos acababan también de llegar hasta aquel gran río.

Desde que sufrieron el revés de Kaiserslautern los ejércitos del Mosela y alto Rhin, mandados por Michaud, habían pasado el tiempo en reforzarse con destacamentos sacados de los Alpes y la Vendée. El 14 mesidor (2 de julio) se intentó un ataque en toda la línea desde el Rhin hasta el Mosela, en las dos vertientes de los Vosgos, cuyo ataque, por demasiado dividido, no produjo ningún efecto. El 25 mesidor (13 de julio) se hizo otra tentativa con mejores principios. Habíase hecho el principal esfuerzo contra el centro de los Vosgos con objeto de apoderarse de los pasos, y el resultado había sido, como siempre, la retirada general de los ejércitos aliados al otro lado de Franckental. La comisión ordenó se hiciese una llamada por Tréveris, de cuyo punto se habían apoderado para castigar al elector, y por este movimiento se halló un cuerpo principal encerrado entre los ejércitos imperial del bajo Rhin y el prusiano de los Vosgos, sin que pensasen éstos en aprovecharse de la ocasión; mas los prusianos,

viéndose por fin de la disminución de nuestras fuerzas hacia Kaiserslautern, nos habían atacado otra vez de repente, rechazándonos hasta detrás de este punto. Por fortuna, acababa Jourdan de triunfar en el Roer, y Clerfayt de repasar el Rhin por Colonia. Entonces ya no tuvieron valor los coligados para permanecer en los Vosgos, y se retiraron abandonándonos todo el Palatinado y dejando una fuerte guarnición en Maguncia. Quedábales, pues, únicamente Luxemburgo y Maguncia en la orilla izquierda, y la comisión ordenó se bloqueasen inmediatamente. Llamóse á Kléber desde la



Championnet

Bélgica á Maguncia para mandar el sitio de esta plaza, que ayudó á defender en 1793 y donde comenzó su celebridad. Por manera que nuestras conquistas se extendían á todos los puntos y todas tocaban el Rhin.

En los Alpes había continuado la inacción y conservábamos la gran cadena. El plan de invasión, hábilmente imaginado por el general Bonaparte y comunicado al comité por Robespierre menor, que estaba en comisión en el ejército de Italia, había sido adoptado: consistía en reunir los dos ejércitos de los Alpes y de Italia en el valle del Stura para invadir el Piamonte. Ya se habían dado las órdenes de marchar, cuando llegó el 9 termidor, y entonces se suspendió la ejecución. Los comandantes de las plazas que se habían visto obligados á ceder una parte de sus guarniciones, los representantes, las municipalidades y todos los partidarios de la reacción pretendieron que este plan tenía por objeto perder al ejército, precipitándole en el Piamonte, abrir de nuevo Tolón á los ingleses y servir los secretos designios de Robespierre. Juan Bon-Saint-André, sobre todo, que había sido enviado á Tolón para reparar la marina, y que tenía proyectos sobre el Mediterráneo,